

## 50° aniversario de la Encíclica *Haurietis aquas* de Pío XII

Edward McNamara

Profesor de teología en el Ateneo Pontificio Regina Apostolorum, Roma

**E**n ocasión del cincuenta aniversario de la publicación de la encíclica *Haurietis Aquas* sobre la devoción al Sagrado Corazón, el Santo Padre ha escrito una carta al Preósito General de la Compañía de Jesús. La mencionada encíclica es sólo el más autorizado de muchos pronunciamientos y actos pontificios en favor de la devoción al Sagrado Corazón.

El Beato Pío IX extiende la fiesta a toda la Iglesia en 1856, y en 1875 propuso una fórmula de consagración para que la recitasen todos los obispos. Luego, en 1899, su sucesor León XIII eleva la celebración a fiesta de primera clase y consagra el mundo al Sagrado Corazón. Con esta ocasión, el Papa escribió la encíclica *Annum sacrum* en la que describe la devoción al Sagrado Corazón como: “La más segura espiritualidad”.

Tanto San Pío X como su sucesor Benedicto XV apoyaron la devoción, especialmente el apostolado de la consagración de las familias al Sagrado Corazón, impulsado por el P. Crawley. Pío XI añadió a las enseñanzas pontificias sobre el tema la encíclica *Miserentissimus Redemptor* en 1928. En dicho documento afirma: “en esta espiritualidad, ¿No es verdad que se encierra la síntesis de todo el cristianismo y la mejor norma de vida, porque es la que con más facilidad lleva a conocer íntimamente a Cristo y con más eficacia impulsa a amarle con ardor y a imitarle con exactitud?”

La mencionada encíclica de Pío XII es el documento pontificio más completo sobre la devoción al Sagrado Corazón, una verdadera *Magna Carta* que recomienda y propone esta devoción a todos. Publicada la encíclica en ocasión del centenario de la extensión de la fiesta a toda la Iglesia por el Beato Pío IX, el Santo Padre elogia la devoción con expresiones como: “Es absolutamente cierto que se trata del acto más excelente del cristianismo”, “Es la mejor manera de practicar la religión cristiana”.

El Papa escribió la encíclica para reafirmar la importancia de la devoción al Sagrado Corazón en un momento en que ésta comenzaba a sufrir un cierto eclipse e incluso a recibir críticas: “una devoción para otros

tiempos”, “una piedad fundada en sensiblería”. A este fin el Santo Padre insistió en que el culto al Sagrado Corazón tiene un carácter particular y no debería ser equiparado a otras devociones “que la Iglesia aprueba y fomenta, pero no prescribe”. Teniendo un carácter particular el culto al Sagrado Corazón, no puede ser considerado como “algo secundario que cada uno puede practicar o no, según le agrade”. El Papa añade que los elementos esenciales de la devoción son los mismos elementos esenciales del cristianismo fundando esta aserción en la Escritura y la Tradición.

Juan XXIII, si bien no añadió más documentos del magisterio solemne, expresó frecuente y públicamente su devoción al Sagrado Corazón en sermones, audiencias y ocasiones similares. Pablo VI escribió en 1965 la Carta Apostólica *Investigabiles divitias* para el segundo centenario de la primera aprobación de una fiesta del Sagrado Corazón por Clemente XIII. El Papa manifestó su tristeza por la disminución de la devoción en algunos lugares y exhortó a que: “en adelante resurja más cada día y sea estimada por todos como la excelente y auténtica espiritualidad que exige nuestro tiempo, conforme a las normas insistentes del Concilio Vaticano II”.

Juan Pablo II, tuvo numerosas intervenciones explícitas en promoción del culto al Sagrado Corazón sobre todo en homilías, discursos y cartas dirigidas a congregaciones religiosas dedicadas al Sagrado Corazón. Uno de los más significativos fue una carta dirigida al Preósito General de la Compañía de Jesús, el 5 de octubre de 1986. Escrita desde Paray-le-Monial junto a la tumba de San Claudio de la Colombière, miembro insigne de esta benemérita Orden, quien desde las primeras apariciones a Santa Margarita María de Alacoque ha estado en la vanguardia de la promoción y divulgación de esta devoción. En esa misiva escribe: “Junto al Corazón de Cristo, el corazón del hombre aprende a conocer el sentido verdadero y único de su vida y de su destino, a comprender el valor de una vida auténticamente cristiana, a evitar ciertas perversiones del corazón humano, a unir el amor filial hacia Dios con el amor al prójimo”.

Mas tarde, el año 1999 escribe un mensaje para conmemorar el centenario de la consagración de la humanidad al Sagrado Corazón por León XIII. Una vez más el Papa hace una llamada a promover la devoción: “Deseo expresar mi aprobación y mi aliento a cuantos, de cualquier manera, siguen cultivando, profundizando y promoviendo en la Iglesia el culto al Corazón de Cristo, con lenguaje y formas adecuados a nuestro tiempo, para poder transmitirlo a las generaciones futuras con el espíritu que siempre lo ha animado. Se trata aún hoy de guiar a los fieles para que contemplen con sentido de adoración el misterio de Cristo, Hombre-Dios, a fin de que lle-

guen a ser hombres y mujeres de vida interior, personas que sientan y vivan la llamada a la vida nueva, a la santidad y a la reparación, que es cooperación apostólica a la salvación del mundo; personas que se preparen para la nueva evangelización, reconociendo que el Corazón de Cristo es el corazón de la Iglesia: urge que el mundo comprenda que el cristianismo es la religión del amor”.

El Santo Padre también profundizó en algunos de los temas salientes de la devoción al Sagrado Corazón, especialmente el tema de la misericordia divina; tema inspirado, al menos en parte, por los escritos de Santa Faustina Kowalska. La reflexión más elocuente de la importancia de la misericordia divina en el pensamiento de Juan Pablo II se encuentra en su segunda encíclica *Dives in misericordia*, de 1980. En esta encíclica el Papa exalta la misericordia divina y en esto la devoción al Sagrado Corazón por la íntima relación entre amor y misericordia. Para el Papa la misericordia es el atributo más grande de Dios, no en el sentido de la perfección de la esencia divina sino: “de la perfección y del atributo con que el hombre, en la verdad íntima de su existencia, se encuentra particularmente cerca y no raras veces con el Dios vivo.” (n. 13) El encuentro con Dios en la misericordia es uno de los más difíciles y al mismo tiempo uno de los más bellos al ver cómo Dios es capaz de sacar el bien del mal del hombre y cómo puede experimentar la misericordia de Dios a pesar de todo.

Ahora, también Benedicto XVI ha querido seguir a sus predecesores en promover la devoción al Sagrado Corazón. Siendo Cardenal, el Papa había intervenido varias veces con conferencias sobre el tema. Por ejemplo, en 1981 el entonces recién nombrado prefecto de la Congregación para la doctrina de la fe comentaba que antes de la publicación de la encíclica *Haurietis Aquas*, la devoción al Sagrado Corazón del tipo emocional típica del 1800 y los inicios del 1900 ya había entrado en una profunda crisis. Según el Cardenal, la labor teológica de Hugo Rahner SJ fue la que más contribuyó a salvar la devoción al Sagrado Corazón, dándole una profunda interpretación bíblica centrada en el misterio pascual. Las intuiciones de Rahner contribuyeron notablemente al enfoque de la encíclica del Papa Pío XII en su esfuerzo por frenar la crisis de la devoción y darle un nuevo impulso.

La nueva carta pontificia al Preósito General de la Compañía de Jesús inicia afirmando la actualidad del culto al Sagrado Corazón: “La encíclica *Haurietis aquas*, al promover el culto al Corazón de Jesús, exhortaba a los creyentes a abrirse al misterio de Dios y de su amor, dejándose transformar por él. Cincuenta años después, sigue siendo siempre actual la tarea de los cristianos de continuar profundizando en su relación con el Corazón de Je-

sús para reavivar en sí mismos la fe en el amor salvífico de Dios, acogiéndolo cada vez mejor en su vida”.

En la carta el Papa reflexiona sobre todo cómo la devoción al costado traspasado del redentor es una fuente esencial para “alcanzar el verdadero conocimiento de Jesucristo y experimentar más a fondo su amor”. Al hacer esta re-lectura de la encíclica de Pío XII, relaciona algunos puntos con su primera encíclica *Deus caritas est*.

Así, al inicio relaciona ambos documentos diciendo que inició su encíclica citando a san Juan: “Nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él” (1Jn 4,16) para subrayar: “que en el origen del ser cristianos está el encuentro con una Persona”. El Santo Padre continúa con esta relación: “Dado que Dios se manifestó del modo más profundo a través de la encarnación de su Hijo, haciéndose “visible” en él, es en la relación con Cristo donde podemos reconocer quién es verdaderamente Dios (cf. *Haurietis aquas*, 29-41; *Deus caritas est*, 12-15).” El culmen y expresión más profunda del amor de Cristo lo encontramos en la Cruz y es en su contemplación que llegamos a vislumbrar la grandeza de este amor.

Benedicto XVI reitera la doctrina de sus predecesores: el contenido de la devoción del Sagrado Corazón es: “el contenido de toda verdadera espiritualidad y devoción cristiana”, y por lo tanto, “el fundamento de esta devoción es tan antiguo como el cristianismo”. Dado que “sólo se puede ser cristiano dirigiendo la mirada a la cruz de nuestro Redentor”, “la encíclica *Haurietis aquas* recuerda, con razón, que la herida del costado y las de los clavos han sido para innumerables almas los signos de un amor que ha transformado cada vez más eficazmente su vida (cf. n. 52), permitiéndoles alcanzar una fe más profunda, acogiendo sin reservas el amor de Dios (cf. *Haurietis aquas*, 49)”.

Sin embargo para el Papa: “El significado más profundo de este culto al amor de Dios sólo se manifiesta cuando se considera más atentamente su contribución no sólo al conocimiento sino también, y sobre todo, a la experiencia personal de ese amor en la entrega confiada a su servicio (cf. *Haurietis aquas*, 62). Este auténtico conocimiento del amor: “sólo es posible en el contexto de una actitud de oración humilde y de generosa disponibilidad.” De este modo la mirada puesta en el costado traspasado del Señor, del que brotan “sangre y agua” (cf. Jn 19, 34), “se transforma en silenciosa adoración” y “nos ayuda a reconocer la multitud de dones de gracia que de allí proceden (cf. *Haurietis aquas*, 34-41) y nos abre a todas las demás formas de devoción cristiana que están comprendidas en el culto al Corazón de Jesús”.

El don de la fe es uno de los frutos de la experiencia del amor de Dios, pero el Papa insiste en que: “el hombre sólo podrá experimentar la fe como una gracia en la medida en la que la acepta dentro de sí como un don, del que trata de vivir. El culto del Sagrado Corazón ayuda a llegar a esta experiencia al “recordar incesantemente que él cargó con este sufrimiento voluntariamente “por nosotros”, “por mí”. Cuando practicamos este culto, no sólo reconocemos con gratitud el amor de Dios, sino que seguimos abriéndonos a este amor de manera que nuestra vida quede cada vez más modelada por él” (cf. *Haurietis aquas* n. 72).

Continúa el Santo Padre: “Quien acepta el amor de Dios interiormente queda modelado por él. El hombre vive la experiencia del amor de Dios como una “llamada” a la que tiene que responder. La mirada dirigida al Señor, que “tomó sobre sí nuestras flaquezas y cargó con nuestras enfermedades” (Mt 8, 17), nos ayuda a prestar más atención al sufrimiento y a las necesidades de los demás. La contemplación, en la adoración, del costado traspasado por la lanza nos hace sensibles a la voluntad salvífica de Dios. Nos hace capaces de abandonarnos a su amor salvífico y misericordioso, y al mismo tiempo nos fortalece en el deseo de participar en su obra de salvación, convirtiéndonos en sus instrumentos”.

Después de estas reflexiones el Papa considera algunos de los frutos de la devoción promovido por *Haurietis aquas* y también reflejados en *Deus caritas est*. Así: “Los dones recibidos del costado abierto, del que brotaron “sangre y agua” (cf. Jn 19, 34), hacen que nuestra vida se convierta también para los demás en fuente de la que brotan “ríos de agua viva” (Jn 7, 38) (cf. *Deus caritas est*, 7).” Además: “La experiencia del amor vivida mediante el culto del costado traspasado del Redentor nos protege del peligro de encerrarnos en nosotros mismos y nos hace más disponibles a una vida para los demás (cf. *Haurietis aquas*, 38)”.

Ahora, dado que sólo se responde al amor, cuando se experimenta como don de Dios (cf. *Deus caritas est*, 14), “el culto del amor que se hace visible en el misterio de la cruz, actualizado en toda celebración eucarística, constituye el fundamento para que podamos convertirnos en personas capaces de amar y entregarse (cf. *Haurietis aquas*, 69), siendo instrumentos en las manos de Cristo: sólo así se puede ser heraldos creíbles de su amor”.

Pero, “el amor nunca se da por “concluido” y completado” (cf. *Deus caritas est*, 17) y, el contemplar el costado traspasado: “en el que resplandece la ilimitada voluntad salvífica por parte de Dios, “no puede considerarse como una forma pasajera de culto o de devoción: la adoración del

amor de Dios, que ha encontrado en el símbolo del “corazón traspasado” su expresión histórico-devocional, sigue siendo imprescindible para una relación viva con Dios” (cf. *Haurietis aquas*, 62).

Benedicto XVI concluye augurando al Preósito General que: “el 50° aniversario contribuya a impulsar en muchos corazones una respuesta cada vez más fervorosa al amor del Corazón de Cristo, gracias a los miembros de la Compañía de Jesús, siempre muy activos en la promoción de esta devoción fundamental”.